

ARCHIVO

CARLOS RAMÍREZ /  IndicadorPOLÍTICO



Manuel Buendía 1948-1984

Periodismo como compromiso social

Por Carlos Ramírez



LIBRO 12

Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político

© Grupo de Editores del Estado de México

© Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C.

© Indicador Político.

Una edición del Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C.,
presidente y director general: Mtro. Carlos Ramírez, derechos reservados. Web:
www.noticiatransicion.mx

Índice

El periodismo antes, durante y después de Manuel Buendía (1948-1984)	5
¿Quién mató a Manuel Buendía?	11
No por el motivo aducido murió Manuel Buendía	23

El periodismo antes, durante y después de Manuel Buendía (1948-1984)

Por Carlos Ramírez

I

Manuel Buendía Tellezgirón nació en 1926 y fue asesinado en 1984. Su ciclo profesional —de sus inicios como reportero de la revista *La Nación* del PAN en 1948 a su muerte— transcurrió en dos tiempos políticos del sistema político priísta:

- Del fortalecimiento del caudillismo con el tránsito de Obregón a Calles en 1924 y la reforma constitucional al artículo 83 el 22 de enero de 1927 para liquidar el principio de no reelección y permitir la sólo por un periodo más de cuatro años, pero dejando pasar uno evitando la continuidad, decisión que abrió la reelección de Obregón; fue hasta 1933, bajo la presidencia del interino Abelardo Rodríguez, que se reformó el 83 para establecer que “en ningún caso y por ningún motivo podrá volver a desempeñar ese puesto”.
- Al México de 1984: él inició, a nivel municipal, una reforma política *de facto* vía el reconocimiento a las victorias de la oposición y encaró una de las ofensivas políticas más severas por parte del gobierno de los Estados Unidos, y sobre todo el inicio del criminal del narcotráfico como crimen organizado y como debate nacional por la publicación de un desplegado periodístico firmado por los obispos del sur de la república, cuyo seguimiento como investigador periodístico lo llevó al asesinato.

Nacido profesionalmente en los tiempos del viejo régimen —el colapso político 1920-1929— y de las estructuras de control y subordinación de medios de comunicación impresos como parte del sistema político, a Buendía le tocó la fase de transición política, generacional y de modernización periodística. Como funcionario de prensa de oficinas del gobierno y al mismo tiempo autor de una columna de análisis político desde la perspectiva progresista y nacionalista del Estado— y en ese escenario vivió el salto cualitativo a partir de las experiencias de 1968:



- El periodismo de Estado. Como funcionario de prensa en la Comisión Federal de Electricidad, Nacional Financiera, el Departamento del Distrito Federal y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología pudo sostener también dos columnas políticas —la diaria *Para control de Usted* en *El Día* y la dominical *Concierto político*, ambas en *El Día*, un periódico progresista de la línea de izquierda dentro del PRI, dirigido por el ex comunista Enrique Ramírez y Ramírez.
- La columna política. Buendía desarrolló una columna política de investigación, redactada con pulcritud de estilo, abandonando el viejo modelo de la columna política como forma de enviarse mensajes entre políticos y funcionarios públicos.
- Y la independencia de la crítica. Formado como periodista en *La Prensa* y el semanario *Crucero* de *El Día*, Buendía mantuvo sus tareas de comunicador oficial en dependencias públicas y simultáneamente como columnista político de 1965 a 1976; al finalizar el gobierno de Luis Echeverría abandonó sus tareas públicas y se dedicó sólo a escribir su columna a través del formato de la sindicación o venta simultánea a una treintena de periódicos del interior del país, logrando la autosuficiencia en ingresos.

El tiempo político del periodismo de Buendía atravesó por las agitaciones, sobresaltos y reacomodos en el sistema político en el periodo 1964-1984, del cual la prensa escrita formaba parte con una función de aparato de propaganda del sistema o bocina de los gobiernos en turno y desde 1968 como espacio de crítica al poder. Como profesional de prensa y difusión en empresas del Estado, contribuyó a la profesionalización de las oficinas de prensa como espacios de circulación de información y no control de periodistas y medios; en sus clases de periodismo en la UNAM, inclusive, en sus clases de periodismo introdujo el modelo de profesionalización universitaria de las oficinas de prensa y de reporteros más allá de las redacciones de periódicos.

La prensa escrita comenzó a ganar algunos espacios de autonomía a partir de la crisis estudiantil de 1968, a la que le siguió la apertura de Echeverría, el colapso en *Excelsior* con maniobras desde el gobierno, el nacimiento de periódicos por iniciativas de periodistas y ya no como parte de grupos de poder de la clase dominante, la reforma política de López Portillo y el salto cualitativo en las élites gobernantes de los políticos a los administradores y de ahí a los economistas tecnócratas. Como periodista en ese agitado y estimulante tiempo de redefiniciones políticas y periodistas Buendía transitó varios sexenios:

- Miguel Alemán Valdés (1946-1952). En 1948 Buendía ingresó como reportero de la revista *La Nación*, propiedad del Partido Acción Nacional y estuvo bajo la dirección del legendario reportero Carlos Septién García, forjador de reporteros. Con Alemán comenzó la urbanización del país, nació la clase media y México entró en la fase de industrialización, pero también proliferó la corrupción sin acotamientos.
- Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958). En 1952 Buendía comenzó su larga carrera como maestro de periodismo en la Escuela Carlos Septién García y siguió laborando en *La Nación*. El gobierno ruizcortinista creó la política al estilo PRI, con todo y la picardía del poder, pero también

fue el periodo en que se incubó la más grandes oleada de protestas obreras impulsadas por el Partido Comunista y con su sucesor Adolfo López Mateos como secretario del Trabajo. La prensa escrita poco a poco tuvo que abrir espacios a la disidencia y la crítica, pero también a la represión.

- Adolfo López Mateos (1958-1964). Fue un sexenio de contradicciones entre las dos alas políticas del régimen de la Revolución Mexicana: la institucional basada en la disciplina sistémica y la de izquierda, con las rebeliones obreras, el activismo estudiantil del PCM, el cardenismo y la Revolución Cubana como telón de fondo y factor disruptor. La prensa escrita declinó su presencia por esconder la realidad. En 1958 inició Buendía la columna *Red Privada* en el periódico policiaco *La Prensa*, ascendió a director en 1960 y fue depuesto por conflictos como organización cooperativa. En 1964 dirigió el semanario *Crucero de El Día* y en *El Día* comenzó su columna *Para control de usted*.
- Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). El sexenio diazordacista destacó por el endurecimiento del poder y el fortalecimiento autoritario de la Presidencia de la República y por la multiplicación de protestas sociales, sobre todo estudiantiles. La crisis de 1968 comenzó por un enfrentamiento entre dos escuelas secundarias, la presencia violenta de granaderos como detonador y la movilización de cientos de miles de estudiantes exigiendo el fin de los dos instrumentos de control social: el delito de disolución social y el uso de la fuerza pública —granaderos y soldados— para contener protestas. La violencia en Tlatelolco, dialécticamente, estalló la lucha por la democracia. Buendía inició en 1965 su doble tarea de funcionario de oficina de prensa y columnista político crítico de la derecha, con aportaciones nuevas en ambas tareas: transitó la oficina de prensa a oficinas de comunicación social y estableció el modelo de la columna analítica y de opinión reflexiva.

Buendía se convirtió en una especie de vocero del sector progresista del sistema político priísta.

- Luis Echeverría Álvarez (1970-1976). Secretario de Gobernación en los años de endurecimiento diazordacista, Echeverría rompió con su antecesor desde la campaña presidencial y como presidente desarrollo un gobierno de discursos críticos, de regreso a la Revolución Mexicana y de propuestas populistas. El Estado aumentó el gasto y la política exterior se acercó a los países No Alineados, a los gobiernos socialistas de Salvador Allende en Chile y Fidel Castro en Cuba y colocó a México en el espacio político del Tercer Mundo vinculado al discurso antimperialista. Buendía encontró un espacio extraordinario para su periodismo de Estado y progresista; fueron sus mejores columnas: contra la derecha fascista, la Casa Blanca y la CIA.
- José López Portillo (1976-1982). Echeverría rompió la continuidad sucesoria al designar a López Portillo como candidato, porque no renuía el conocimiento del sistema, las alianzas entre los grupos y las complicidades del poder y el país pagó con crisis política los errores sistémicos. López Portillo legalizó el Partido Comunista y abrió un poco la información del Estado. El país dio otro salto cualitativo en la configuración del sistema político priísta. Buendía renunció a su cargo público en áreas de comunicación y se dedicó de tiempo completo a su trabajo como columnista político. Aunque con apertura —ya existían *Uno más Uno*, *Proceso* y *El Financiero*—, los medios en general no se abrieron tan rápidamente a la crítica. Buendía padeció la censura en *El Sol de México* y en *El Universal*, y llegó a *Excelsior*. Antes que las páginas informativas, la prensa escrita permitió la crítica en las columnas como espacios aislados.
- Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988). El sistema político pasó de los administradores a los economistas neoliberales, la economía quedó presa en las cartas de intención con el Fondo Monetario Internacional y el sistema político se reorganizó para el nuevo modelo económico sin dominio del Estado, con efectos políticos en las relaciones políticas y sociales. El PRI comenzó a perder municipios y el PAN se perfiló hacia la alternancia. Buendía le dio un vuelco a su columna, la convirtió en espa-

cio para la crítica al neoliberalismo, publicó en exclusiva la carta de México con el FMI y abrió indagatorias periodísticas sobre el narcotráfico. Inclusive, tuvo enfrentamientos con el gobierno de De la Madrid. En 1984, cuando había comenzado a reproducir en su columna las denuncias de los obispos del sur por la llegada de narcos a las comunidades campesinas ante la pasividad del Estado y del PRI y a dar indicios de que los narcos tenían la protección del aparato de poder del gobierno, Buendía fue asesinado la tarde del 30 de mayo de 1984 en el estacionamiento público junto a su oficina, en la zona rosa, mientras esperaba su auto.

II

Buendía fue un innovador como profesional de las oficinas de prensa y como columnista, contribuyendo en ambas especialidades a modernizar funcionamientos. A partir de sus clases de periodismo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM desde 1973 desarrolló nuevos enfoques en materia de distribución de la información; profesionalizó el oficio de redactor de boletines, convirtió las oficinas en puertas abiertas a las dependencias y dio el paso adelante al configurar una teoría mexicana de comunicación social. En su libro *Ejercicio periodístico*, recopilación de textos, conferencias y ensayos, documentó las tareas de comunicación más allá de la distribución de boletines. En ese sentido fue un pionero en la fundación de revistas de circulación interna en oficinas de prensa; en el Conacyt creó las revistas *Ciencia y Desarrollo*, *Comunidad Conacyt* y *Conexión*, dando también importancia a la comunicación interna entre funcionarios y trabajadores y empleados.

En sus clases y en algunas conferencias Buendía introdujo la comunicación social como parte de la acción política y como categoría de la información. Sus textos sobre la comunicación y la seguridad nacional, el ejército y los partidos abrieron nuevos frentes de indagación sobre los efectos de los mensajes en la sociedad, aunque en el fondo no hubo seguimiento político porque las dependencias públicas siguieron moviéndose en los parámetros tradicionales. De todos modos, a nivel de profesionales de la información, Buendía consiguió imponer una agenda de debate.

A base de un trabajo en el género de la columna desde 1958 en que inició con la columna *Red Privada*

da, Buendía marcó un quiebre en estilos. A finales de los cincuenta y toda la década de los sesenta, la columna política era un complemento menor en los medios. La columna más importante en esos años era la del periodista Carlos Denegri en *Excelsior*, un reportero con capacidad de movilidad internacional. Su columna *Desayuno Político* en *Excelsior* operaba un instrumento de gobernación del PRI y era redactada en la Secretaría de Prensa del CEN del PRI, entonces a cargo del publicrelacionista Francisco Galindo Ochoa. Las columnas en esa época servían para sondear la opinión dentro del sistema político priísta y para enviarse mensajes entre políticos. Denegri fue asesinado por su esposa en diciembre de 1970 y con él se fue un estilo de periodismo.

Buendía ya escribía su columna en *La Prensa* a finales de los cincuenta pero ese diario no tenía penetración periodística en la clase política. El estilo de Buendía ya presentaba novedades: información privilegiada, análisis de hechos políticos, decodificación de los mensajes del poder, algo de prospectiva política y un enfoque progresista a partir de los intereses del Estado y no del gobierno en turno. La circulación de *La Prensa* estaba atada a su prioridad como periódico policiaco y popular; inclusive, Buendía se inició como reportero en *La Prensa* encargándose de una parte de la información policiaca, en donde aprendió a indagar las noticias, investigar los trasfondos y depurar su estilo de redacción. De 1953 a 1958 fue ascendiendo en el escalafón del diario.

El salto cualitativo en el estilo de la columna política no fue sucesivo —pasar de Denegri a Buendía— sino que venía de atrás, traslapándose aunque sin efectos similares, sólo que con poca capacidad de penetración por el estilo popular de *La Prensa* y mayor circulación política de *Excelsior*. Luego de *Red Privada* en *La Prensa*, Buendía se incorporó a los cuadros profesionales de *El Día* y ahí comenzó su columna *Para Control de Usted* en 1964, finales del gobierno de López Mateos y elección de Díaz Ordaz. La estructura de la columna representaba una especie de reporte de análisis de la noticia pero con aportación de elementos informativos no públicos pero reales: algo así como un memorándum interno sólo para la lectura del jefe. Era una reproducción del trabajo temporal que realizó Buendía en el periodo 1963-1964, de su salida de *La Prensa* y su incorporación a *El Día*: en esos meses intermedios, Buendía realizaba un reporte de análisis noticioso diario para lectura ex-

clusiva del presidente López Mateos; ya instalado en *El Día* le dio a su columna el formato de reporte: el concepto de la columna *Para control de usted* era de información exclusiva para una persona, sólo que dirigido al lector. El estilo de redacción tomaba una información y la iba desglosando a lo largo de los párrafos. En ese tiempo Buendía había detectado la existencia de un mundo de intereses al interior del sistema político priísta, sobre todo en la consolidación de grupos conservadores.

La capacidad de difusión de las columnas *Red Privada* en *La Prensa* y *Para Control de Usted* en *El Día*, de 1958 a 1972, era menor a la de Denegri en *Excelsior*, entonces el diario más importante del país. Sin embargo, las columnas de Buendía tenían lectores dentro de las estructuras de poder. Asimismo, la temática referida a la defensa del Estado progresista y la denuncia de las presiones al Estado por el empresario, la jerarquía católica conservadora, el PAN, la ultraderecha, el gobierno de los Estados Unidos y la CIA, le redujeron de modo natural su espectro de lectores colocándolo más en el sector de la opinión pública interesada pero minoritaria.

En 1973, ya con el país polarizado por el discurso del presidente Echeverría y el activismo creciente de la derecha —bombazos en el periódico *El Día* y *Excelsior* revelaron la dimensión del conflicto—, Buendía dio otro paso adelante con la columna dominical *Concierto Político* de una plana en periódico estándar: comentarios bajo espacios subtítulos con el lenguaje de las partituras musicales, siempre con el mismo estilo de analizar, descubrir, aportar pistas de interpretación y contextualizar. La política progresista-populista de Echeverría había de alguna manera polarizado la vida política nacional, sobre todo por su acercamiento a Cuba, al gobierno socialista chileno de Salvador Allende y al grupo de los Países No Alineados.

Al finalizar 1976 Buendía tomó una decisión fundamental: abandonar su empleo en oficinas de prensa y dedicarse de tiempo completo a su columna política; la Agencia Mexicana de Información, del periodista José Luis Becerra, había introducido el modelo de la *sindicación* de columnas, es decir, su venta masiva a periódicos y revistas del interior de la república. Así, los columnistas no trabajarían para un diario sino que reproducirían sus trabajos en multitud de diarios logrando ingresos diversificados importantes para su independencia.

Pero si bien los columnistas lograban independencia de criterio al sindicalizar sus columnas y no depender de un solo empleador, de todos modos los mecanismos de censura del aparato político seguían operando. Así, Buendía comenzó su fase independiente en enero de 1977 escribiendo *Red Privada* —el título y estilo de columna que había comenzado en *La Prensa*— para *El Sol de México*, en agosto de 1978 salió de este diario por una censura y pasó unos cuantos meses a *El Universal* de donde salió también por censura; a finales de 1978 arribó a *Excelsior* y ahí escribió, a veces en momentos de tensión editorial por políticas del diario, hasta su asesinato en 1984.

III

La línea editorial de las columnas de Buendía tuvieron tres características: nacionalista, de Estado y críticas. La formación profesional e intelectual del autor le permitió ganar un espacio de autonomía relativa en los diarios en los que la publicaba, ajena y a veces contraria a la línea editorial del diario, llegando a la situación de convertir la columna en “un periódico dentro de otro periódico”. Esta autonomía, dialécticamente, contribuyó a *jalar* a los periódicos a posiciones críticas que no asumían; el periodo 1968-1976 fue de apertura crítica de los medios, junto con la fundación de la revista *Proceso* y del periódico *uno más uno*, a los que siguieron en los ochenta *La Jornada* y *El Financiero*. La crisis autoritaria de 1968 con la represión al movimiento estudiantil, la ruptura de la imagen internacional de estabilidad nacional, las contradicciones en las élites del poder y el dilema de dictadura-democracia condujeron a un proceso de apertura política que comenzó con Echeverría y se consolidó con la reforma política de López Portillo al legalizar al Partido Comunista y darle espacios en el congreso federal.

El periodismo rompió amarras. La crítica administrada en *Excelsior* en el periodo de dirección de Julio Scherer García —1968-1976— y el manotazo autoritario originado en la Presidencia de la República en julio de 1976 ya no pudieron cerrar de nueva cuenta las puertas de la crítica. De todos modos, el sistema político priísta ajustó sus espacios a los nuevos escenarios y los mecanismos de control se aflojaron pero siguieron existiendo, como lo probaron los casos de censura que enfrentó Buendía en *El Sol de México*, *El Universal* y el propio *Excelsior*.

El asesinato de Buendía llevó la censura a escenarios inéditos. La crítica periodística no sólo se centró en los abusos de poder del sistema institucional, sino que se trasladó también a sectores fuera del sistema pero con suficiente poder como para afectar la estabilidad nacional. A Buendía le tocó abrir la línea crítica al surgimiento del crimen organizado en el rubro del narcotráfico: el 14 de mayo de 1984, dos semanas antes de su asesinato, Buendía alertó a sus lectores y al poder político institucional del avance de los narcos. En su columna de ese día, Buendía escribió:

“El procurador general de la República y el secretario de la Defensa **no** deberían ignorar por más tiempo la advertencia que hicieron desde marzo los nueve obispos del Pacífico Sur, respecto al **significado político** que puede tener el **incremento** del narcotráfico en nuestro país, específicamente en los estados de Oaxaca y Chiapas.

“Tal como lo plantean --y como se desprende también de otras informaciones--, **este asunto involucra la seguridad nacional**.

“Los nueve dirigentes eclesiásticos coinciden con lo que saben otros observadores. **Dicen que en este sucio negocio “existe la complicidad, directa o indirecta, de altos funcionarios públicos a nivel estatal y federal”**.”



“Pero principalmente afirman que con el narcotráfico puede quedar **comprometida** la imagen exterior de México, “si como país, damos cabida a mafias internacionales, que van a terminar por imiscuirse en nuestros asuntos patrios”.

“Esto, el peligro de una “**interferencia** extranjera”, es subrayado por los obispos, que no hacen más que recoger las preocupaciones de sectores sociales: “Tenemos el **temor**, no infundado, de que **en México llegue a suceder lo que en otros países hermanos**, donde estas **redes** de narcotraficantes han llegado a tener **influencia política** decisiva”.

“La **lista** de estos países en donde los narcotraficantes han tenido “decisiva influencia política”, **incluye** no sólo a Italia, sino a otros cercanos a nosotros geográficamente, y ligados por una complicada urdimbre de relaciones.

“**Bolivia y Colombia** son dos de estos países. Colombia se halla actualmente bajo estado de sitio después del asesinato del ministerio de justicia, liquidado por la omnipotente asociación de traficantes de drogas. Nadie ignora como en esos dos países **los estupefacientes y la política han ido muchas veces de la mano**.

“Pero es en **Estados Unidos** donde se da el fenómeno más peligroso no sólo para su propia sociedad sino para los países del continente, **especialmente** México. El **contubernio de políticos y miembros del crimen organizado** —que incluye el comercio clandestino de enervantes— es cosa vieja en el esquema norteamericano, y un pilar para la ampliación constante del mercado, que estimula en otros territorios, como el nuestro, la producción.

“La **denuncia** de los nueve obispos no parece exagerada al decir que existe para México el **peligro** de la interferencia extranjera en nuestros “asuntos patrios” por la vía de las mafias internacionales. Más bien se quedaron cortos. Ellos debieron haber señalado que en México **ya se dio** el caso de que ciertos hechos políticos, en el pasado inmediato, fueran **marcados** por la influencia de un notorio traficante de narcóticos.

“La **corrupción**, que es un fenómeno esencialmente político, fue **incrementada** durante el sexenio pasado, en una medida de realidad incontestable, por los intereses de ese traficante que ejerció su actividad **casi** a la luz pública.

“Pero se puede hablar de hechos más **concretos**. Por la cercanía que tuvo con el Presidente de la República, Arturo **Durazo** Moreno influyó en de-

cisiones del gobierno como la represión contra supuestos enemigos, y también en algunos aspectos importantes de la información; o en la conducta de no pocos dirigentes sociales y de funcionarios que literalmente dependían de él para su **provisión** de enervantes o para el mantenimiento de sus equipos de “seguridad”. Influyó también en la imagen exterior del país; por ejemplo, cuando fue necesaria la directa **protección** del Presidente para impedir un juicio de extradición (...).

“Dejó tan **permeados** los círculos oficiales Durazo Moreno, que el nuevo gobierno parece haber **desistido** ya de traerlo para que responda por una variedad de acusaciones penales. El miedo a su sola presencia en el país, prácticamente ha paralizado los esfuerzos para localizarlo y aprehenderlo. (...)

“Pero con Durazo o no, la mafia internacional del narcotráfico ha **incrementado** evidentemente sus actividades en México, de 1982 a la fecha. Y esto, como señalan los nueve obispos, **no se puede lograr sin complicidades internas**”.

Así, la columna política cumplió con su función de atraer la atención hacia temas que las políticas editoriales e informativas de los medios habían descuidado. Buendía se basó en un desplegado periodístico pagado que publicaron los obispos católicos del sur de la república —vinculados a la corriente de la teología de la liberación— sobre la presencia de narcos productores de marihuana en zonas territoriales del sur. La columna alertó al procurador general y al secretario de la Defensa Nacional, prendió el foco de la seguridad nacional, fijó por primera vez la atención en la corrupción política y de gobierno como aliada a los narcos y de pasó recordó que a nivel de gobierno el narco se había infiltrado en 1977 cuando designó como jefe de la policía del DF a Arturo Durazo Moreno, ex comandante de la Dirección Federal de Seguridad, asentado en el aeropuerto de la ciudad de México y por tanto responsable del tráfico de droga en ese punto delicado.

Al mismo tiempo, Buendía le dio a la columna política un valor profesional adicional: reveló en su columna dominical *Sol y Sombra* en *El Sol de México*, el 18 de septiembre de 1977, la carta secreta que había firmado el gobierno de Echeverría con el Fondo Monetario Internacional cediendo soberanía económica. Y en sus columnas diarias también reveló la identidad de dos jefes de estación de la CIA y exhibió la relación

de grupos fascistas mexicanos con similares latinoamericanos, sobre todo argentinos. En todos estos tópicos periodísticos hubo un sentimiento nacionalista, de Estado, de simpatías con el proyecto nacional.

El 14 de marzo de 1975, el presidente Echeverría acudió al auditorio de Medicina de la Ciudad Universitaria de la UNAM a la inauguración de cursos pero fue agredido por grupos radicales violentos; una pedrada impactó la frente presidencial y el presidente tuvo que ser sacado en un auto improvisado. Ciertamente que la presencia presidencial en CU era una provocación política y peor si no estuvo preparada con grupos de protección estudiantil. La pedrada cimbró al sistema político priísta y despertó los temores de una represión en respuesta. Los medios cerraron filas en torno al presidente y Buendía explicó en su momento que no se trataba de una defensa personal de Echeverría sino de las instituciones y del Estado. En consecuencia, el periodismo político, en Buendía, cumplía una función de estabilidad nacional de cohesión social y de denuncia de desestabilizaciones/inestabilidades.

La aportación de Buendía a la comunicación social, el periodismo político, la columna política y los valores nacionales, representaron una recuperación del trabajo periodístico como función social y política a favor de los intereses nacionales. La denuncia de Buendía al retomar el despliegado de los obispos del

sur se hizo con la intención de revelar que los narcos habían llegado al campo mexicano por la corrupción del poder; los datos posteriores conocidos por investigadores periodísticos enfatizaron en el dato de que Buendía había comenzado a seguir la pista de funcionarios y políticos involucrados en la protección de narcos y que la amenaza de publicación de nombres habría conducido a su asesinato.

A treinta años del asesinato, la investigación se agotó en el entonces director de la Federal de Seguridad, José Antonio Zorrilla Pérez, pero lo hicieron aparecer como un autor intelectual solitario, sin indagar en la estructura de poder y de élite política a la que pertenecía Zorrilla: la Secretaría de Gobernación, entonces a cargo de Manuel Bartlett Díaz. La investigación del asesinato de Buendía se estancó en el sexenio de Miguel de la Madrid, a pesar de que tuvo referentes en el secuestro, tortura y asesinato del agente de la DEA estacionado en México, Enrique Camarena Salazar, en febrero de 1985; sólo la presión de los Estados Unidos a través de su embajador John Gavin, en el sentido de que policías del área de seguridad nacional eran cómplices de los narcos —lo que Buendía había comenzado a indagar— y estaban involucrados con el *cártel* occidental de Miguel Ángel Félix Gallardo, Ernesto Fonseca y Rafael Caro Quintero, logró la defenestración de Zorrilla —en marzo de 1985 era candidato del PRI a diputado local por el estado de Hidalgo— y su arresto en solitario en junio de 1989.

A pesar del poco reconocimiento a su trabajo, la revaloración del trabajo de Buendía como comunicador social, columnista político y profesor de periodismo ha tardado y se ha ido desdibujando con el tiempo. Sin embargo, quedan los datos de que sus primeras revelaciones mostraron el inicio del ciclo del narcotráfico en México, representaron la primera alerta: la corrupción del poder por los narcos y su aportación a la configuración de la columna política moderna en estilo, profundidad y análisis, aunque lamentablemente en las escuelas de periodismo del país hay un olvido o una decisión de no tomar en cuenta el valor del ejemplo de Manuel Buendía como profesional del oficio de denunciar y criticar al poder desde los medios de comunicación escritos.

Buendía fue un periodista de su tiempo, contribuyó a modernizar la profesión periodística que hasta entonces se veía como oficio y dejó un legado que debiera de ser retomado por las escuelas de periodismo como una aportación invaluable al trabajo en los medios escritos.



¿Quién mató a Manuel Buendía?

Por Carlos Ramírez

I

La mañana del miércoles 30 de mayo de 1984, Alejandro Gómez Arias le confió a Luis Suárez: "Algo terrible va a pasar hoy". Durante el día, el tema de moda fue el eclipse anular de sol. Por la tarde, casi al caer la noche, el periodista Manuel Buendía, de 58 años de edad y autor de la influyente columna *Red Privada*, fue asesinado al salir de su despacho en el centro de la Zona Rosa de la ciudad de México, cuando estaba a punto de abordar su automóvil. Cuatro tiros a quemarropa y por la espalda abrieron una herida periodística y política que la sociedad mexicana aún no ve cerrada y menos todavía cauterizada.

Desde entonces, una pregunta inquieta no sólo a los periodistas sino a importantes sectores del país y del extranjero: ¿Quién mató a Manuel Buendía?

A lo largo de un año las investigaciones policiacas han sido conducidas bajo el sello de un importante compromiso presidencial para aclarar el suceso, pero la tardanza y las equivocaciones habidas a lo largo de las pesquisas, aunadas a cierto interés del fiscal por despolitizar el crimen, han provocado inquietudes entre los periodistas y amplios sectores de la sociedad, así como una ola de rumores que en nada benefician al país en un año político clave.

Desde esa noche del 30 de mayo de 1984, el país contrajo una deuda consigo mismo: aclarar el asesinato de Manuel Buendía. La consigna también es clara: en el caso de Buendía, ni mártir ni silencio.

El periodista

Nacido en Zitácuaro, Michoacán, el 24 de mayo de 1926, Manuel Buendía tuvo un paso fugaz por una escuela que en la provincia posrevolucionaria era obligada: el seminario. Sin vocación para la sotana, aunque precoz en el entendimiento del papel de la Iglesia en la sociedad mexicana, Buendía dejó el seminario y se fue a la ciudad de México.

Ahí aprendió periodismo en la revista *La Nación*, órgano del Partido Acción Nacional y al lado del maestro formador de plumas destacadas: Carlos Sep-tién García.

Su paso por el conservadurismo político fue efímero. Ahí conoció las contradicciones y la corrupción

de una corriente que en años posteriores denunciaría sistemáticamente. Y aunque su acercamiento a las causas populares fue a partir de entonces acelerado, nunca más se afiliaría a una organización política.

La biografía del oficio periodístico de Buendía para necesariamente por el itinerario profesional del viejo periodismo de los cincuentas: noticias policiacas para afinar el olfato del reportero, redacción de esos temas para depurar el estilo. De ahí, ya forjado el periodista, se pasaba a las diferentes fuentes para aterrizar en políticas o en Presidencia de la República, además de incursionar en el columnismo. En *La Prensa*, Buendía terminó de templarse e inclusive llegó a ser, durante tres años, director de aquel importante periódico de penetración popular. Por conflictos políticos salió de la dirección de ese rotativo y comenzó su segundo aprendizaje, en el cual dejó sentadas tesis, teoría y sobre todo reflexión: la comunicación social y las oficinas de prensa.

Hombre de práctica, Buendía nunca dejó de aprender y de prepararse en la teoría. Su inclinación reflexiva lo hizo sentar teoría sobre temas que por los sesentas no parecían tener importancia en la estructura política del gobierno y menos aún en los medios de difusión: convertir el periodismo en una responsabilidad de comunicación social y transformar los tradicionales basureros de la política y cajones financieros de la corrupción periodística en verdaderas oficinas de prensa o –como le gustaba llamarlos en conversaciones convincentes– en verdaderos laboratorios de comunicación social.

Esta tarea estuvo relacionada, de manera simultánea, a la apertura de caminos de rescate de un género periodístico que era considerado, por entonces, como sinónimo de la corrupción: la columna. Sus temas fueron variados, siempre intentado crear opinión pública, aportando elementos de juicio para que los lectores pudieran explicarse los hechos en su contexto y rescatando los valores nacionales derivados de un paulatinamente olvidado movimiento revolucionario de comienzos de siglo.

Después de pasar por las oficinas de prensa de la Comisión Federal de Electricidad, la Nacional Financiera, el Departamento del Distrito Federal y el Consejo Nacional Financiera, el Departamento del Distrito Federal y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y

de mantener con dificultad la doble tarea de ejercer el periodismo crítico e independiente y el puesto público, Buendía decidió optar por la independencia total. No por ello abandonaría la reflexión institucional sobre la comunicación social e inclusive antes de su muerte redactó importantes documentos acerca de la urgencia de una política de comunicación social del Estado.

En 1977 volvió por sus fueros. Dejó de publicar las columnas "Para control de usted..." y "Concierto Político" en El Día y se cambió a El Sol de México en donde revivió "Red Privada", una columna que publicara durante su estancia en La Prensa a fines de los cincuentas y principios de los sesentas. Con ella iniciaría un recorrido trashumante por diferentes medios para poner a salvo su independencia. Pasó por El Universal en donde la "Red Privada" del 12 de octubre de 1978 alcanzó las ocho columnas: desenmascaró al jefe de la estación de la CIA en México. Problemas de intereses creados le hicieron buscar nuevos mecanismos para salvaguardar su independencia, y a través de la Agencia Mexicana de Información (AMI), desembarcó en la página cuatro de Excélsior. Por méritos propios iría a dar pronto a la primera plana de ese diario hasta el día de su muerte.

El hecho de ser, en algún momento, el periodista más leído e influyente del país le resultó una responsabilidad acreditada y asumida.

Abandonar la función pública en el gobierno y optar por la independencia crítica y observadora del periodista, le significó privilegios profesionales pero también precios a pagar. Nunca dijo todo lo que quería decir, porque sabía los límites del sistema, pero siempre conquistó nuevos espacios de expresión. Ejerció un doble periodismo: el de las columnas publicables y el de sus cartas a sus amigos, género un poco olvidado. Hacia el final de sus días, el autor de "Red Privada" – según testimonio de sus amigos—se debatía entre el entusiasmo y la exasperación, entre la institucionalidad y el deseo de contribuir a mejoras las cosas, además de seguir denunciando las irregularidades del gobierno y del sistema político.

La tarea periodística convirtió a Buendía, aún sin quererlo ni buscarlo prioritariamente, en conciencia crítica y moral de la sociedad. Como todo periodista, aceptó el liderazgo social que implicó su función de analista de los acontecimientos nacionales. Hizo política pero sin perder de vista sus obligaciones profesionales. Siempre se atuvo a los compromisos que forjaron a México como nación. El periodismo mexicano supo con él, lo mismo que con otras plumas de

su generación, que la objetividad era un mito y que el periodismo cumplía también tareas sociales. Su pluma fue memoria histórica en un país amnésico. Pudo identificar enemigos y plantear alianzas estratégicas en beneficio de los compromisos populares.

Su columna fue también el registro de una evolución personal.

Concedor de los límites del ejercicio del oficio periodístico, hizo esfuerzos para orientar sus comentarios hacia funciones trascendentes.

Defendió casos y cosas que otros silenciaban. Exaltó la labor progresista del Ejército, alertó sobre la derechización, se tomó del brazo del Congreso del Trabajo y promovió las propuestas obreras contra la crisis y los "Chicago Boys". Defendió hasta el último instante al SUTIN e hizo gestiones privadas para reunir a sindicalistas con funcionarios; les dio espacio político a los telefonistas y caracterizó con certeza los puntos flacos del proyecto económico conservador. Fue garantía para la defensa de asilados de las dictaduras conosureñas y descubrió la presencia de agentes extranjeros latinoamericanos en México. Tocó temas que el gobierno quería soslayar y provocó reacciones a favor y en contra: era escuchado y también desatendido.

Fue claro en sus criterios: "También existimos quienes vemos la crisis actual en términos de Revolución vencida o contrarrevolución triunfante como usted prefiera".

Para él, a lo largo de la última etapa de su vida periodística, el oficio de escribir fue una forma de hacer patria, de forjar una nación. A la usanza de los viejos maestros del liberalismo juarista, Buendía creyó en las enseñanzas de Zaragoza y como él convirtió las páginas de los periódicos en ágora y parlamento, en partido político y manifiesto a la nación. Sabía de los peligros que encerraba el escribir sobre temas delicados, pero nunca la fatalidad guió su máquina de escribir. A través del ejercicio diario de la escritura, Buendía estimuló la práctica de un periodismo social, político, comprometido con la historia del país, republicano.

No fue –lo recuerdan y señalan sus amigos para destacar la destreza y originalidad de su periodismo—un periodista de oposición.

Surgido del sistema, aspiró siempre a que el sistema fuera fiel consigo mismo, comprometido con la historia que le dio autoridad. Buendía tendió un puente entre las diferentes corrientes progresistas del país, haciéndolas convivir para mejor servicio a la República. No fue marxista, aunque dialogó con ellos;

tampoco era priista y tenía en las filas del tricolor amigos de verdad; nunca volvió al gobierno, aunque se sabía interlocutor de importantes sectores oficiales. Esta diversidad de relaciones le permitió, como en las buenas etapas del periodismo mexicano, convertir a la columna en un interlocutor válido del poder sin entrar en componendas con el poder. Sabía de sus limitaciones y de las propias de la prensa, pero aun así nunca quiso dejar de ser congruente consigo mismo.

Así fue: Periodista de tiempo completo. Y como periodista murió.

II

El Crimen

El día que lo iban a matar, Manuel Buendía se despertó muy temprano, pero no para mirar el eclipse. Casi no le importó ese suceso más que para anotarlo como posible juego de palabras o de ingenio en alguna columna. Esa mañana, otros periodistas tenían premoniciones.

(Gómez Arias concedía una entrevista a Luis Suárez y, como preludeo, le advirtió que algo iría a pasar ese día). El columnista sabía que sería un día difícil, pues la esposa de su principal asistente, Luis Soto, estaba a punto de dar a luz, y requería la presencia de su marido. Tenía además varios días sin secretaria.

“Tendré que contestar teléfonos y abrir puertas”, se dijo a sí mismo por la mañana y posteriormente lo repetiría en el curso del día.

Como siempre, desayunó con amigos y posteriormente arribó a su oficina en Insurgentes Sur No. 58, sexto piso. Se quitó el saco y repasó algunos temas para sus columnas. Antes de empezar a redactar a mano en hojas de papel blancas, hizo —como siempre— algunas anotaciones de asuntos pendientes y de asuntos ya reportados. Entre sus notas llevaba cuando menos cinco asuntos que le comenzaban a atraer, sobre todo la punta de la hebra del narcotráfico y el involucramiento de algunos altos funcionarios en ese sucio negocio. También llevaba especial anotación del tema de la ultraderecha, debido fundamentalmente a que algunos personajes políticos vinculados a las fuerzas de la derecha podrían llegar a ejercer importantes puestos de poder regional en el occidente del país. Influían en el ánimo del periodista algunas amenazas por las indagaciones de ciertos personajes que ya había criticado en algunas de sus columnas anteriores.



En los últimos días, el autor de “Red Privada” había aumentado sus reuniones con importantes jefes sindicales del sector progresista, en cuyos hombros pesaba la difícil negociación de la alianza del gobierno con los trabajadores. Unos días antes le había entrado al puntilloso tema del primero de mayo —el desfile y los bombazos en Palacio Nacional— y le había dicho al gobierno que no dejara de percibir el problema económico-social del país a causa de la cortina de humo de las bombas “molotov”. Buendía escribió que ese primero de mayo era un “parteaguas” y significaba un rotundo “no” de los trabajadores a la política económica. Bien recibida en círculos sindicales un poco cohibidos por los bombazos, la columna de Buendía raspó el buen humor de algunos funcionarios que esperaban agradecimientos en ese desfile del día del Trabajo.

En su oficina, Buendía hizo algunas llamadas a Relaciones Exteriores, la Contraloría de la Federación y al director de Pemex. Varios temas le preocupaban y amarró citas para confirmar algunos datos.

Comió con el subsecretario de Relaciones, Víctor Flores Olea, y otros funcionarios de la chancillería, además del diputado José Carreño Carlón.

Después de comer hizo algunas llamadas y poco antes de las 18:30 horas se puso la gabardina y salió

de su oficina acompañado de su asistente Juan Manuel Bautista, quien iba a sacar algunas fotocopias. Como el elevador estaba descompuesto, Buendía bajó por las escaleras. Salió a la calle y se enfiló al estacionamiento de al lado para recoger su automóvil. Antes de que pudiera llegar a él y en menos de un minuto, la tragedia ocurrió.

Un hombre joven, de entre 27 y 30 años, de 1.70 metros de estatura, delgado, moreno, cabello castaño corto, cejas pobladas, nariz rectilínea, boca mediana, labios delgados, bigote abundante, mentón prominente, con cachucha blanca de beisbolista, pantalón de mezclilla, chamarra negra y tenis, se le acercó al periodista por detrás, le abrió la gabardina y disparó dos veces. Buendía cayó y ahí el asesino le disparó nuevamente. El periodista no pudo desenfundar su arma.

El asesino caminó hacia atrás para escapar. Bautista lo siguió gritándole que se detuviera y el asesino quiso dispararle, pero tropezó con una mujer. Volteó y corrió hacia la calle de Havre y se perdió ante la mirada atónita de mucha gente que pasaba esa tarde por la avenida más transitada del país.

El asesino parecía ser un profesional.

Se movía como una persona con entrenamiento. De acuerdo a versiones de testigos, el criminal estuvo algún tiempo frente a la oficina de Buendía. Indagaciones posteriores hablan de personajes que se movieron con regularidad en los últimos días de mayo por las cercanías de las oficinas del columnista. Luego del asesinato, una persona no identificada, con un arma en la mano, se acercó al cadáver de Buendía y luego se fue por las calles. Algunas versiones hablan de la hipótesis de un cómplice que se acercó a mirar si Buendía realmente estaba muerto y otros indican que era un policía que pasaba por la oficina. No se descarta la posibilidad de que ese personaje hubiera pertenecido a fuerzas policiacas de seguridad que mantenían vigilando a Buendía en busca de sus fuentes de información y contactos para determinados temas.

Elementos de la Dirección Federal de Seguridad fueron los primeros en presentarse en la escena del crimen, al mando del director de la corporación, José Antonio Zorrilla. Enseguida llegaron agentes de la Judicial Federal, así como reporteros de todos los medios de información y corresponsales extranjeros: bastaron unos cuantos minutos para que la noticia corriera como pólvora encendida por el país y levantara una ola de indignación en diferentes estratos sociales.

Los archivos del periodista y sus notas personales

fueron los primeros elementos de investigación procurados por los agentes. Durante las semanas siguientes, un grupo de especialistas trabajó en el despacho de Buendía espulgando los expedientes en busca de alguna posible pista.

Los periodistas presentes en el lugar del crimen tomaron nota del impresionante despliegue policiaco en la oficina y los bajos de Insurgentes Sur 58. Prácticamente se instaló un estado de sitio. Hubo fricciones entre las diferentes corporaciones policiacas por hacerse cargo del cadáver del columnista. Mientras eso ocurría, el cuerpo permaneció bastante tiempo en el pavimento.

Los resultados de la autopsia exhibieron la mortalidad de los disparos. Los análisis de peritos de balística dieron importantes pistas.

Por ejemplo, destacó el hecho de que las balas de la pistola del asesino fueron de las que se conocen como recargables mediante aparatos especiales. Asimismo, fue importante la conclusión de los peritos de la Procuraduría del Distrito respecto a que el tipo de proyectiles usados contra Buendía correspondían a los generalmente utilizados por pistoleros profesionales.

Una semana después, al celebrarse el Día de la Libertad de Prensa, el asesinato de Manuel Buendía había terminado de conmocionar a la sociedad. En un oscuro despacho de Insurgentes Sur No. 58, rigurosamente vigilado por la policía, una fina capa de polvo mostraba ya una oficina en abandono. Los cuadros y las pertenencias personales del periodista comenzarían, pronto, a ser archivadas y guardadas en cajas de cartón.

III

Las reacciones

El jueves 31 de mayo amaneció después de una larga noche. El alerta policiaco y militar reportó sin novedad. Sin embargo, habían sido horas de irritación, indignación y temor. Las redacciones de los periódicos trabajaron fuerte para informar de la muerte de Buendía.

Los noticieros de televisión transmitieron algunas escenas del suceso.

24 Horas abrió con la figura demudada y conmovida de Jacobo Zabłudowski, --quien casi 30 años atrás compartiera experiencias periodísticas con Buendía-- anunciando la muerte del columnista.

Siete Días, en cambio, mostró desconcierto y quiso esconder la noticia relegándola a la parte policiaca del noticiero. Los espacios periodísticos de la radio fueron más allá y en programas nocturnos se comenzó a gestar la irritación del gremio y de ciertos sectores de la sociedad. Por la funeraria desfilaron periodistas, funcionarios, políticos, secretarios de Estado, gobernadores, dirigentes de todos los partidos políticos, líderes empresariales y decenas de jóvenes. Esta muestra de consternación culminó ese jueves con la visita y guardia del Presidente de la República.

Las primeras planas de los periódicos fueron insuficientes para incluir noticias, reacciones, comentarios, crónicas y sobre todo promesas gubernamentales. Varios periódicos comisionaron a sus mejores reporteros para seguir el proceso de la investigación.

Una serie de hechos comenzó a manifestarse. El crimen se había cometido en momentos bastante difíciles para el país. El mes de mayo terminaba sus días con puntos malos contra la nación: desde el bombarzo en Palacio Nacional hasta la ejecución de Buendía, pasando por el desfile del Día del Trabajo más lleno de críticas, protestas y cuestionamientos para la política económica, y el viaje del presidente De la Madrid a Washington con la fría recepción de Reagan, sus presiones para desinflar la política mexicana en Centroamérica y la columna de Jack Anderson en el *The Washington Post* haciendo denuncias de corrupción presidencial en México sin pruebas y sí con intenciones desestabilizadoras.

El país estaba conmocionado y sometido a presiones extraordinarias (No por menos el propio Presidente de la República había denunciado "injerencia extranjera" en los sucesos del primero de mayo).

Tampoco eran menores las tentativas norteamericanas para influir desde fuera en la orientación de la política exterior mexicana. En este contexto, las reacciones sociales y políticas al asesinato de Buendía cobraron una dimensión especial, pero la respuesta gubernamental a estas reacciones fue tibia y ni siquiera en la investigación del asesinato del autor de "Red Privada" se logró convocar la confianza nacional.

Escrito una semana antes del asesinato de Buendía y publicado justamente una semana después de ese acontecimiento, Francisco Martínez de la Vega firmó un artículo en la revista *Siempre!* en el que señalaba las fricciones existentes entre la prensa y el Gobierno, desde aquella iniciativa para proteger la moral y el prestigio de los funcionarios que se conoció popularmente como Ley Mordaza. Como premonición, Mar-

tínez de la Vega tocaba puntos clave: "evidentemente, la historia de la lucha por la libertad de imprenta es un relato de la cadena de sacrificios heroicos de los mejores hombres del periodismo". Luego advirtió una falta de voluntad gubernamental para llevar las relaciones con la prensa a niveles de madurez y no de confrontación.

El asesinato de Manuel Buendía vino a consolidar las preocupaciones de los sectores interesados en el rumbo político de la nación.

Como era de esperarse, el crimen introdujo mayores desconfianzas en la relación prensa-gobierno. Si bien había pocos elementos para acreditar o no la ejecución a una conspiración gubernamental, el asesinato creó mayor distanciamiento entre el poder político y los informadores. La reacción de la prensa al crimen fue importante en su dimensión y, sobre todo, en su respuesta.

Los editoriales de los periódicos insistieron en calificar al crimen de provocación contra las libertades y como parte de acciones desestabilizadoras internas y externas. De ahí se lanzaron a exigir al gobierno las garantías indispensables para el ejercicio de la libre información. *Excelsior* insistió en que las balas dirigidas contra Buendía eran, en realidad, contra la libertad de expresión. El *Universal* escribió que si atentados como esos no se castigan ni se persiguen, la libertad de expresión se pondría en peligro. El *Nacional* tomó la promesa presidencial de una investigación a fondo y anotó que "un crimen así, de suyo tan nefasto, debe ser aclarado". El *Heraldo de México* publicó un editorial en primera plana para enfatizar el clima de provocación y enlistar el crimen de Buendía con otros similares en El Salvador, Nicaragua y Filipinas, al tiempo que pidió "justicia, simple justicia". El *Sol de México* se hizo eco entusiasta de la investigación ordenada por el presidente De la Madrid y estimó que "nada impedirá la investigación sin tregua del asesinato". *Uno Más Uno* dijo que el crimen golpeaba al conjunto del cuerpo social. El *Financiero* pidió deslindar responsabilidades.

Otras reacciones fueron más críticas que las opiniones editoriales de los principales periódicos de la ciudad de México. Los artículos reflejaron la importancia del trabajo periodístico de Buendía y su papel social en una etapa particularmente conflictiva de la nación. El periodismo mexicano se declaró en luto y entre las columnas se comenzó a hacer el intento por aclarar la verdad. No fueron pocas las plumas que siguieron la pista de la desestabilización, y tampoco

fueron pocas las que insistieron en aportar datos para facilitar la investigación.

Pero en el fondo, nadie pudo detener lo obvio: el enfrentamiento en las relaciones de la prensa con el gobierno. Los artículos y análisis destilaron un tomo de reproche y ubicaron el asesinato en el contexto de una situación nacional bastante crítica, si bien no se puso en duda la libertad de expresión. De ahí la insistencia de los periodistas —en privado, en sus columnas o en artículos y en sus gremios— para que la investigación realmente llegara al fondo de las cosas y desbrozara la relación con el Estado de cualquier mal entendido.

El verdadero termómetro de esa relación fue la celebración del Día de la Libertad de Prensa, el 7 de junio. En una atmósfera que los cronistas se preocuparon de resaltar como poco festiva, el Presidente de la República convivió con los editores y entregó los premios nacionales de periodismo. Un editorial de un diario insistiría en el punto de fricción al titularlo: “Libertad sin Justicia”, debido al atraso en los resultados de la investigación. En la comida, la periodista María Luisa “La China” Mendoza pronunció un discurso que conmovió por su petición, bastante desusada en este tipo de convivencias, de que los resultados de la investigación deberían llegar a puerto seguro. El Presidente tomó el hilo y en una breve intervención lamentó y condenó nuevamente el asesinato y la violencia, y destacó el esfuerzo gubernamental para esclarecer y penalizar el homicidio que victimó a Buendía.



El tiempo pasó sin que se tuvieran datos sobre los resultados de la investigación, lo que atizó la irritación del gremio periodístico. Algunos sectores del gobierno, por su parte, tomaron con evidente incomodidad las peticiones de aclaración del proditorio asesinato de Buendía y no ocultaron su malestar por las celebraciones mensuales y los artículos consuetudinarios de petición de informes sobre las indagaciones oficiales. Tampoco escapó a la protesta el uso de tribunas públicas y políticas para insistir en el castigo al o a los homicidas de Buendía. El 30 de noviembre, al recibir la medalla “Eduardo Neri”, el periodista Francisco Martínez de la Vega trajo a colación el asesinato de Buendía y dijo —en presencia del Primer Mandatario, su Gabinete y el Poder Legislativo—, que los periodistas mexicanos “no estaremos tranquilos” mientras no se esclarezca el crimen.

En las dos ocasiones en las que se refirió al asesinato de Buendía, el presidente Miguel De la Madrid condenó el uso de la violencia para dirimir diferencias, comprometió la acción de su gobierno para garantizar la libertad de expresión y sobre todo ordenó hacer las investigaciones oficiales para aclarar el asesinato. Respecto al último punto, el Presidente dijo, después de montar guardia ante el féretro de Buendía:

“He girado instrucciones precisas a la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal para que haga sus investigaciones con todas las fuerzas y recursos de que dispone, para esclarecer los hechos y hacer justicia”.

Días más tarde, en la comida del Día de la Libertad de Prensa, el presidente De la Madrid afirmó en su discurso leído:

“El respeto a la vida es principio básico de nuestra convivencia. Por ello nuevamente lamento y condeno enérgicamente el asesinato y la violencia. Mi gobierno hace todo su esfuerzo para esclarecer y penalizar el homicidio que victimó a Manuel Buendía. Expreso nuevamente mi sincero pésame por tan lamentable suceso”.

De entonces a la fecha, ningún otro alto funcionario gubernamental se referiría en público a los compromisos oficiales ni al asesinato de Manuel Buendía.

Sobre la embajada de Estados Unidos en México, y sobre el locuaz y agresivo exactor que ahora la encabeza, cayeron de inmediato sospechas. En dos oportunidades Buendía había puesto al descubierto las identidades de otros tantos “jefes de estación” de la CIA, —que operan al amparo de la cobertura diplomática de la Embajada y dirigen al mayor grupo norteamericano de espionaje fuera de Washington—. Estas revelaciones, junto con una sistemática labor

de denuncia de las actividades de la CIA en México y América Latina, y constantes críticas a la política imperialista norteamericana, hicieron de Buendía uno de los hombres más destacados para los ocupantes del blando edificio de Paseo de la Reforma.

Entrevistado en enero pasado por el reportero Matthew Rothschild de la revista *The Progressive*, el señor Gavin se negó a comentar el crimen. “Pero la embajada, y en particular Gavin —escribió Rothschild en el número de abril de su revista—, veían a Buendía como a un enemigo y lo detestaban”.

Ante el periodista el embajador calificó a Buendía como “enemigo de Estados Unidos”, condición que según su lógica lo hacía objeto de muchas enemistades, y expresó que el periodista asesinado “traficaba en mentiras y distorsiones”.

En su reportaje, Rothschild estimó que aparece de la animadversión personal de la embajada norteamericana y las demandas institucionales de la CIA “existe otra posible base para la complicidad norteamericana: es concebible que el gobierno estadounidense haya estado involucrado en el asesinato de Buendía como parte de un esfuerzo por alinear a México con la política norteamericana en América Central (...) Buendía apoyaba abiertamente a los sandinistas y fuentes norteamericanas afirman que servía de enlace de prensa a los rebeldes salvadoreños. Mantenía una estrecha vigilancia sobre la política exterior mexicana, criticándola cada vez que parecía ceder a las presiones norteamericanas”.

La iglesia progresista lamentó la muerte y celebró algunas misas por Buendía. Los portavoces del sector conservador, que fueron muchas veces tocados por el estilete de Buendía, no fueron proclives a la piedad o a la calidad cristiana. Genaro Alamilla, obispo auxiliar de México, ex secretario general del Episcopado y brazo derecho del cardenal Ernesto Corripio Ahumada, dijo que en el caso de Buendía “se está haciendo un mito y eso no está bien. Nadie es absolutamente bueno porque no es Dios ni absolutamente malo porque no es el Diablo”.

La derecha no celebró abiertamente el asesinato y tampoco fue convincente en su aparente condena, sobre todo la derecha vinculada a los sectores que Buendía desenmascaró. Un columnista de las fuerzas de la derecha anticomunista, sobre todo patrocinada por la Universidad Autónoma de Guadalajara, escribió sobre la historia de Buendía y dijo: “A los hombres podremos traicionarlos y engañarlos. Pero a Dios nadie lo engaña”. Uno más dijo: “Buendía asesinó mu-

chas honras y ahora a él le tocó la muerte física”. Otros sectores guardarían un cuidadoso silencio.

Partidos políticos y sindicatos participan en el sepeleo de manera masiva. Al calor de la indignación por el asesinato de Buendía, importantes sindicatos, políticos, escritores e intelectuales llamaron a formar un amplio frente nacional contra la violencia y por la soberanía, que al final de cuentas no cuajó bien. Los firmantes del desplegado del 7 de junio de 1984 condenaron el asesinato y ubicaron la ejecución del periodista en un amplio contexto de provocación y desestabilización.

Desde el extranjero, las muestras de condolencias fueron impresionantes. Mensajes de organizaciones políticas, gremiales, periodísticas y gubernamentales llegaron a México no sólo para expresar condolencias, sino para exigir la aclaración del crimen. La repercusión mundial llegó a preocupar a algunas instancias gubernamentales y no pocos esfuerzos se hicieron para diluir el tono de algunos mensajes.

Al final de cuentas, el crimen había provocado una reacción y una respuesta inesperada.

IV

La Investigación

La noche del 30 de mayo de 1984 se formaron varios grupos policiacos especiales para realizar las investigaciones del asesinato del autor de “Red Privada”. Por las características del suceso, cada grupo se encargó de temas específicos: uno lo ubicó en el contexto de la seguridad del Estado, otro comenzó a indagar hechos puramente policiacos, uno más se dedicó a las implicaciones políticas y no faltó un equipo de analistas que hizo una impresionante lista de sospechosos.

Aunque el punto de partida no desechó posibilidades ni probables involucrados, las investigaciones dieron poca credibilidad a las vertientes de conspiración o de desestabilización.

Sin embargo, no fueron pocos los analistas que ubicaron el asesinato de Manuel Buendía en el contexto de hechos políticos internos y externos que agitaron al país en ese mes de mayo de 1984.

Escribiendo en *Nexos* de julio de ese año, Héctor Aguilar Camín apuntó:

“Las semanas del mes de mayo de 1984 fueron para la opinión pública un tobogán de sorpresas e incertidumbres; para los funcionarios públicos, el terreno de la precipitación, la inseguridad y el desconcier-

to político; para el conjunto de la sociedad, el espacio del temor y la ocasión de nuevas sospechas sobre la integridad de su gobierno.

La ejecución de Buendía añadió un tinte sombrío a la terrible lógica política de esas semanas, porque fue ese clima de tensión, esa atmósfera de crisis ahondada, lo que la hizo posible. Quienes hayan sido los asesinos, lo cierto es que la percepción del río revuelto aceleró o definió fechas y le otorga a la muerte de Buendía su calidad de hecho político límite, como parte de la lógica de la conspiración y las desestabilización que rondan por igual a la sociedad inerme y al gobierno inmóvil de México”.

El mismo Aguilar Camín anotó en su artículo un juicio que no ha perdido vigencia:

“La Lógica de la investigación policiaca del asesinato de Buendía no corresponde necesariamente a la lógica de sus implicaciones políticas. Del resultado de la primera se sabe poco en el momento de escribir estas líneas (junio de 1984); del sentido de la segunda era posible hablar incluso antes del asesinato que hoy lamentamos”.

En las primeras semanas, la presión periodística obligó a las autoridades a definir los rumbos de la investigación. Sin embargo, en el corto plazo el camino de las pesquisas empezó a torcerse y la apertura informativa sobre los avances, retrocesos o estancamientos en las indagaciones fue disminuyendo. Algunos hechos mostraron debilidades en la voluntad para esclarecer el asesinato de Buendía. Prácticamente al mes del crimen, la Dirección Federal de Seguridad fue excluida de la investigación y el caso quedó en las manos de la Policía Judicial del Distrito.

Más allá de pugnas interburocráticas, este hecho permitió que pocas semanas después la procuradora de Justicia del D.F., Victoria Adato de Ibarra, intentara despojar al crimen de cualquier competente político o de desestabilización.

El retiro de la DFS de la investigación no podía obedecer sino a tres razones: 1.- El crimen fue aclarado pero por razones políticas los resultados no podían ser conocidos.

2.- La seguridad del Estado no estaba involucrada en el asesinato del periodista.

3.- La seguridad del Estado sí estaba relacionada con el asesinato del 30 de mayo y había que lavar pruebas y desviar la atención de los observadores hacia hechos puramente policiacos.

En este sentido, la investigación mostró también otros tres rasgos importantes:

1.- La comisión investigadora presidencial, encabezada por uno de los principales asesores de Los Pinos, el economista, sociólogo y ex director de una revista, Samuel del Villar, realizó indagaciones por su cuenta y tuvo línea abierta con los aparatos policíacos mexicanos. De acuerdo a informes extraoficiales, esta comisión llegó a conclusiones; e inclusive circuló la versión de que el asesino de Buendía había sido muerto de 40 puñaladas antes de denunciar a sus cómplices.

2.- Hubo presiones a partir del primer mes del asesinato del autor de “Red Privada”, para que cesara la insistencia en la aclaración del asesinato. Asimismo, periodistas que escribieron sobre el crimen del 30 de mayo y dieron algunas sugerencias para la investigación fueron invitados por fuerzas policiacas a fin de que dijeran lo mismo en declaraciones de juzgado. Algunos de los periodistas que se vieron en esta situación hablaron de clara intimidación. Por lo demás, portavoces del gobierno, en su área política, hicieron peticiones a algunos editores para que disminuyeran el tono y el enfoque del tratamiento del crimen de Buendía.

3.- También hubo, paralelamente a lo anterior, una clara intención por tener espesas cortinas de humo en torno a la investigación.

El evidente cariz político del crimen fue sustituido, vía rumores, por interpretaciones puramente policiacas y hasta sexuales. También se circularon informes respecto a supuestas investigaciones de riqueza, fortuna, propiedades y vida privada del periodista asesinado. Todos estos hechos quisieron desviar la atención sobre el verdadero carácter y significado de la muerte de Buendía.

Al final de cuentas, por el rumbo de la investigación oficial; los datos filtrados a ciertos periodistas y las presiones para acallar la exigencia de solución al asunto, dieron la impresión de que el expediente Buendía se convirtió en un asunto de razón de Estado. Asimismo se han generado otras especulaciones: Que la investigación sigue abierta y que muchos cabos faltan de atar. También, que el análisis del cuaderno de anotaciones del periodista asesinado tiene pistas que no han sido aún andadas por lo delicado de los asuntos que tocan.

Por lo demás, hasta la penúltima semana de mayo el expediente continuaba en manos de la policía judicial del Distrito Federal y salvo cifras imposibles de comprobar —“avance del 80 por ciento en las investigaciones”—y aseveraciones de que el criminal ya

había sido “cercado” –igualmente imposible de constatar—dadas a conocer por el subprocurador René Paz Horta a una comisión de periodistas después de gestiones varias, la Procuraduría del Distrito no había presentado a la opinión pública conclusiones, ni siquiera adelantos, del estado real que guardan las pesquisas. Cuando mucho, las cifras porcentuales y otros elementos manejados desde Niños Héroes han contribuido a propalar rumores.

A lo largo de un año, el itinerario de la investigación oficial se perdió en la identificación de posibles enemigos del periodista asesinado. Un equipo especial de seguridad del Estado se dedicó a crear estadísticas, cuadros y curvas sobre los personajes atacados por Buendía en sus columnas. Luego elaboró otro cuadro con los casos que investigaba y uno más sobre los asuntos delicados de los que ya había elaborado algunas columnas de adelanto pero sin cerrar aún el tratamiento de esos temas.

Sin conclusiones efectivas en estos rubros, hacia septiembre comenzó a tenderse una cortina de humo y a desestimarse el cariz político del asesinato. Se habló entonces de un hecho puramente policia- co, pasional, de venganza de homosexuales –se dijo que algún admirador de Juan Gabriel habría vengado a su ídolo—y algunas otras interpretaciones por el estilo.

Lo cierto, al final de cuentas, era que la policía no tenía nada concreto. Cuando el expediente estaba en manos de la Federal de Seguridad, algunos informes fueron filtrados a la prensa con la obvia intención de mostrar la buena voluntad del gobierno para aclarar el crimen. Sin embargo, hacia finales de la tercera semana de junio y sobre todo a partir de julio, esas filtraciones cesaron y se supo que los aparatos de seguridad del Estado no tenían nada que ver con la investigación. El expediente se turnó, entonces, a la Procuraduría de Justicia, aunque esta dependencia no recibió los expedientes de la CIA, los Tecos, ni el cuaderno de anotaciones sobre los cinco asuntos delicados que presumiblemente estaba investigando el periodista en los días cercanos a su muerte.

V

Una cronología

A lo largo de un año fueron más las contradicciones y errores de la policía, que realidades y avances

concretos. El itinerario de la investigación ha estado lleno de promesas incumplidas e informes de que el asunto casi está a punto de resolverse. A continuación, una cronología tomada de los diarios del D.F.

4 de junio de 1984. Empresarios, industriales, líderes sindicales, ex políticos y exfuncionarios estaban siendo investigados. En sólo cuatro días se investigaron a más de 5,000 personas, pero sin resultados concretos. Los peritajes de balística exhibieron algunos adelantos en la identificación del ahora homicida, pero sin lograr encontrar pistas de investigación.

5 de junio. El comandante del quinto grupo de la Policía Judicial del D.F., José Luis F. Martínez –quien estaba de guardia el día del crimen y, quien encabezaba las investigaciones--, fue cesado.

Al informar este hecho, la policía dijo que se seguía trabajando en el caso y que se contaba con “importantes pistas”, aunque el comité especial de periodistas formado para seguir el camino de la investigación no había recibido ningún informe oficial.

6 de junio.- Surgen algunas pugnas entre las policías. El jefe de la Judicial del D.F., José Trinidad Gutiérrez Sánchez, se quejó de que la Dirección Federal de Seguridad seguía apropiándose de los testigos y de los archivos de Buendía y dijo que “se ha negado a colaborar y a intercambiar información con nosotros”. A ello atribuyó el jefe policiaco el que no se hubiera avanzado en la investigación. En otra declaración, dijo también: “Estamos como al principio; prácticamente no tenemos nada”. Otros jefes policiacos reconocieron que se “ha avanzado muy poco en la investigación”. Del lado de la Federal de Seguridad se tenían más pistas, o al menos funcionarios de esa dirección filtraron informes en ese sentido. Al tiempo que se investigaba una denuncia importante que preparaba el periodista asesinado, la cual supuestamente estaba plagada de nombres de políticos y funcionarios, la DFS siguió la línea de identificar posibles enemigos en seis pistas: CIA, pistoleros al servicio de Jorge Díaz Serrano, gatilleros contratados por Arturo Durazo Moreno, ultraderechistas vinculados a dictaduras centroamericanas, narcotraficantes y comandos anti-comunistas.

7 de junio.- Además de las pistas investigadas, la Federal de Seguridad comenzó a ligar al crimen de Buendía con otros similares no aclarados. Se habló concretamente del asesinato de un empresario, un funcionario de Pemex y dos dirigentes estudiantiles de Jalisco. Otras agrupaciones hicieron la investigación policiaca en el lugar del crimen, recogiendo da-

tos, evidencias, informes de testigos ocasionales y revisando palmo a palmo la oficina del periodista.

8 de junio.- Una importante pista hace parecer optimistas a los investigadores. Un hombre fue identificado y señalado como asiduo a las intermediaciones de la oficina de Buendía. Luego fue detectado en un avión rumbo a Minatitlán, Veracruz. Esta pista orientó las investigaciones hacia el sindicato petrolero y la muerte de otros periodistas veracruzanos a manos de caciques. La policía comenzó a amarrar datos y evidencias y llegó a tener, inclusive, los números de boletos del hombre y de una mujer que lo acompañaba.

9 de junio.- El caso volvió a sus comienzos. Las pistas anteriores se desvanecieron y no llevaron a ningún lado. Las fuentes de filtraciones de información sobre la investigación se fueron cerrando. La policía buscaba datos y pistas prácticamente en todo el país y el rigor metodológico no llevaba a ningún lado. Las líneas de investigación derivadas del contenido de las columnas del periodista asesinado no fueron sino formas de depurar sospechosos, pero al final de cuentas no sirvieron para nada. Las pistas llegaron a ser centenares y ninguna funcionó. Tampoco operó el uso de soplones. La Procuradora Victoria Adato de Ibarra mostró su confianza en llegar a identificar a los criminales y lamentó no poder proporcionar informes por no entorpecer las pesquisas. Se nombró a los abogados Antonio Rocha Cordero y Raúl F. Cárdenas como enlaces de la prensa con los investigadores. Paralelamente, el exdirector de Pemex, Jorge Díaz Serrano, declaró desde el Reclusorio Sur su inocencia en el asesinato de Buendía.

10 de junio.- Las policías enfocaron su atención en la lista de sospechosos elaborada con base en las columnas. La atención volvió hacia aquellas personas denunciadas por el columnista, mientras en el interior del país declaró "sirvieron interrogatorios y... (No se ve lo que dice el párrafo) no se eliminan sospechosos. Sin embargo, las pistas se diluyeron y en 10 días no se tuvo prácticamente nada.

El optimismo y la confianza se transformaron, según reportes periodísticos, en desaliento y frustración. El hermetismo de los investigadores iba creciendo día a día y las reclamaciones en las columnas de los diarios también crecían.

12 de junio.- El abogado Raúl F. Cárdenas, enlace del Comité de Pares, se entrevistó con la procuradora Victoria Adato de Ibarra y al salir de su despacho declaró que existe "voluntad política" del gobierno para esclarecer el asesinato de Buendía.

20 de junio.- Seguía sin nombrarse sustituto del comandante Falcón Martínez, aunque las riendas de la investigación estaban ya en manos del subdirector de la Judicial, Mario Hernández Bernal. Nada aún. Los jefes policiacos se mostraban herméticos y decepcionados por la lentitud en la investigación.

21 de junio.- La investigación derivó hacia grupos anticomunistas que habían amenazado la muerte a Buendía. Esta línea de la investigación era seguida por la Federal de Seguridad, de acuerdo a los informes de sus archivos. Inclusive, un equipo de agentes viajó a Miami, Florida, para indagar acerca de las actividades del grupo anticastrista Alpha 66. Otras pistas se analizaron, aunque sin llegar a conclusiones viables. El atentado contra Edén Pastora fue evaluado para establecer alguna conexión entre sus autores y los asesinos de Buendía. Investigaciones de la ropa del periodista asesinado y de la trayectoria de las balas asesinas revelaron a juicio de los investigadores, el modus operandi del criminal y lo identificaron con dos grupos: el de los narcotraficantes y el de ex policías. La hipótesis se centraba más en el segundo grupo –se habló inclusive de algún ex policía de la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD).

28 de junio.- Otra vertiente de la investigación fue a dar hacia funcionarios y ex políticos. Según informaciones, la policía estaba investigando a algunos políticos que se sintieron lastimados por las columnas de Buendía. Por su parte, la Judicial Federal filtró la información de que el asesino de Buendía estaba plenamente identificado, pero que no se daba ningún dato porque podría entorpecerse su detención. El perfil del asesino, sin embargo, fue publicado: ex policía de la Judicial Militar que trabajó para la judicial del Estado de México y luego para Seguridad Pública de Veracruz; fue miembro también de la desaparecida Brigada Blanca. La pista del asesino terminaba en Veracruz, por lo que agentes de diferentes corporaciones policiacas fueron destacados en ese estado para aprender al sospechoso. Luego silencio.

30 de junio.- A un mes del asesinato de Buendía, la policía no tenía informes firmes y claros. "Se trabaja con entusiasmo", informaron portavoces del equipo investigador. El abogado Raúl F. Cárdenas, con acceso directo a expedientes, policías, testigos y casilleros de la investigación, declaró que el asunto iba "por buen camino". El propósito, según informantes policiacos, era "encontrar la punta del hilo que lleve a la madeja".

10 de junio.- Un hijo del exdirector de Pemex, Jor-



ge Díaz Serrano, es detenido e incomunicado aparentemente por agentes adscritos a la investigación del caso Buendía. Sin confirmación oficial, se publica la noticia de que dos testigos habrían señalado al señor Díaz Moreno como el autor del crimen. El detenido recupera la libertad y su padre, desde el reclusorio sur, denuncia torturas. Días después, un columnista publicaría que ante sus dos hijos el ingeniero Díaz Serrano habría expresado, semanas atrás, su intención de buscar la forma de callar de un modo u otro a Buendía.

24 de julio.- El abogado Raúl F. Cárdenas anunció que en el curso de ese día se darían algunas informaciones nuevas sobre el avance de las investigaciones del asesinato del autor de "Red Privada".

El penalista insistió en que se mantendría vigente la solicitud de periodistas a las autoridades judiciales para investigar a fondo el caso Buendía. Los informes no se proporcionaron al finalizar el día y el asunto siguió incierto.

29 de julio.- Un día antes del segundo mes del asesinato de Buendía, dirigentes de la Unión de Periodistas Democráticos buscaron informaciones en la Procuraduría de Justicia del D.F.

No fueron recibidos pero se les entregó un oficio de respuesta. Para los periodistas, la investigación aparecía detenida y sin posibilidades de cumplirse la promesa presidencial de llegar a resultados concre-

tos. La carta oficial era firmada por Rubén Hangis Verdusco, secretario particular de la Procuradora Victoria Adato de Ibarra: "en relación al homicidio del señor Manuel Buendía, la Procuraduría realiza las investigaciones tendientes a la identificación y posteriormente captura al autor o de los autores de tan lamentable suceso.

30 de julio.- A dos meses del asesinato, nada aún. Ya ni siquiera pistas o filtraciones de la investigación.

4 de agosto.- Por segunda ocasión, la policía tiene en sus manos confesiones o evidencias que hablan de culpables. Los ex "jaguares" de la policía involucrados en el caso de los cadáveres del río Tula fueron señalados, junto con el grupo de "Los Camacho", narcotraficantes de Jalisco, como los responsables de la muerte de Buendía. Las confesiones fueron obtenidas en los separos de la INTERPOL y se enviaron a la Procuraduría de Justicia del D.F. Los ex "jaguares" y "Los Camacho" fueron señalados también como los asesinos del abogado Francisco López Portillo y de un joyero.

28 de agosto.- En una conferencia de prensa convocada por su oficina, la procuradora Victoria Adato de Ibarra dijo que el asesinato de Buendía no tuvo motivos políticos, aunque no pudo dejar de informar sobre "la gran variedad de posibles victimarios, de todo tipo, de toda naturaleza". La intención, en todo caso, fue despolitizar el crimen: "no puedo decir que sea un asesinato político. No lo es y lo digo categóricamente,

y por lo que hasta ahora hemos visto, no es de esta naturaleza". La reacción de periodistas y observadores fue inmediata, debido a la evidente connotación política del asesinato del periodista Buendía. Se denunció la intención de la Procuraduría de tender una cortina de humo sobre el asesinato y desviar el curso de las investigaciones. Adato de Piedra negó enfáticamente que la Procuraduría estuviera dando "palos de ciego". Ante preguntas irritadas y perentorias de los reporteros, la Procuradora no pudo adelantar nada de la investigación e informó que no había ningún detenido. No obstante, se comprometió a aclarar las cosas: "no es un caso común... me comprometo a que el caso será aclarado". Agregó: "es imposible decir en qué momento caerá el responsable. Pese a nuestro empeño, nos enfrentaremos a un abanico de posibilidades, pero aseguro que no descansaré hasta no dar con el culpable".

22 de septiembre.- Al rendir un informe sobre las actividades de su dependencia, la Procuradora no tocó el caso Buendía. Al final de su declaración en la Cámara de Diputados, los periodistas la interrogaron. Dijo poco: "se está investigando y no puedo adelantar nada que pueda echar por tierra las pesquisas".

31 de octubre.- A cinco meses del crimen, las informaciones oficiales y extraoficiales prácticamente habían cesado. Sin embargo los rumores sobre la investigación creaban para estas fechas un ambiente difícil.

La infinidad de pistas abiertas al comienzo de las indagaciones —temas y nombres de columnas, personajes que habían amenazado con anterioridad al periodista— se cerraron sin informar sobre los resultados. Ningún policía ha hablado ya de la CIA, de Alpha 66, de los petroleros, de los narcotraficantes. Las investigaciones se orientaban a supuestas vertientes pasionales o sexuales del crimen, pese a las protestas de los periodistas que no querían que el curso de las pesquisas se desviara.

31 de enero de 1985.- A ocho meses del asesinato, el equipo investigador estaba menguado. A petición de los nuevos dirigentes de la Unión de Periodistas Democráticos, el subprocurador René Paz Horta aceptó hablar de las investigaciones e informó que la policía judicial tenía ya el 95 por ciento del perfil del asesino y que, por si fuera poco el criminal estaba cercado por fuerzas del orden.

La pesquisa estaba avanzada en un 80 por ciento. "El restante 20 por ciento corresponde precisamente a la etapa de persecución del homicidio", agregó.

Luego se comprometió: "encontraremos al criminal. Vamos por buen camino".

En este contexto y bajo el supuesto de que el criminal caería en breve tiempo, se insistió en desestimular la publicación de notas sobre el crimen de Buendía e incluso hubo sugerencias de que dejaron de hacerse las guardias mensuales en el monumento a Francisco Zarco.

22 de mayo.- A casi un año del crimen, la investigación no arroja resultados concretos y la voluntad política de las autoridades para aclarar el asesinato se diluye en responsabilidades no asumidas.

En tanto, a la par de una investigación bajo sospecha, rumores e interpretaciones comenzaron a enraecer el ambiente. Otros problemas surgieron y nuevas posibilidades de avances se manifestaron, pero aún el asesinato de Manuel Buendía continúa pesando en el ánimo de la nación. Las hipótesis sobre el crimen encuentran una opinión pública desinformada y ávida de saber el camino de las investigaciones. Los rumores han sustituido a los razonamientos, y publicaciones extranjeras comienzan a manejar decires callejeros como si fueran acusaciones concretas.

VI

Hay versiones en el sentido de que algunos casos que el periodista estaba trabajando a fondo, fueron pistas que posteriormente no se siguieron. Aparentemente algunas de ellas fueron cerradas por presiones políticas y otras no encontraron información suficiente para continuarlas. Las primeras pistas, las políticas, derivadas de columnas publicadas y algunas por publicar, se abandonaron en la... (Faltó la página 36)

Pag.37

a pistas seguras y concretas.

Sin embargo, lo que pareció escapar a los investigadores policiacos fue la vinculación, estrecha o tenue, pero finalmente evidente, entre los principales asuntos y protagonistas de las investigaciones periódicas de Buendía. Por muchos caminos, las rutas de los personajes e instituciones que criticó duramente el periodista estaban articulados entre sí.

Lo cierto es que a un año de distancia de la ejecución del autor de "Red Privada" hay un compromiso adoptado al más alto nivel e incumplido aún: esclarecer ante la nación el asesinato y dar respuesta a la pregunta que gravita ominosamente en el ambiente: ¿quién mató a Manuel Buendía?

Material embargado hasta el sábado 25 de mayo de 1985

No por el motivo aducido murió Manuel Buendía

Por Russell H. Bartley

Cuando la fiscalía especial para el caso Buendía rindió su informe final el 30 de junio de 1989, pretendieron las autoridades mexicanas cerrar de una vez la averiguación de uno de los más sonados homicidios acaecidos en México durante el siglo pasado. Como señalamos en aquel momento, sin embargo, lo cerraron sin resolver. Al cabo de cinco años de investigaciones poco transparentes, le dieron carpetazo, pasando por alto una maraña de cabos sueltos.

De entrada, mucho llama la atención la baja calidad profesional del informe final presentado por el fiscal especial Dr. Miguel Ángel García Domínguez. De las 20 hojas mecanografiadas que formulan cargos y presentan pruebas, sólo cuatro tienen que ver directamente con el asesinato de Manuel Buendía. Otras cuatro se refieren al asesinato posterior de José Luis Esqueda Gutiérrez, investigador de Gobernación, que al parecer informaba sobre las actividades del entonces director de la DFS, José Antonio Zorrilla Pérez. Las 12 hojas restantes tratan de delitos colaterales atribuidos a Zorrilla que no tenían relación alguna con el homicidio de Buendía, aunque sí le aseguraban largos años de reclusión al supuesto autor intelectual del crimen.

Como bien observó Carlos Ramírez a los pocos días de haber entregado el fiscal especial su informe, "García Domínguez **no cumple** con el objetivo de aclarar el crimen. Al contrario, **enreda** más las cosas, padece de lagunas jurídicas, policiales y políticas, concluye a base de suposiciones y ofrece acusaciones contundentes que cualquier abogado penalista con preparación media puede destruir." Por cierto, un estudiante de derecho de segundo año pudiera haber redactado un resumen de investigación superior al que presentó en esa ocasión el docto jurista.

Lo cual nos dejó perplejos. ¿Por qué habría procedido García Domínguez de forma tan descuidada y tan poco profesional? Mi coinvestigadora y yo pudimos entrevistarle en dos ocasiones: la primera a mediados de marzo de 1988; la segunda, a principios de marzo de 1990. En ambas oportunidades nos expresó que su mayor preocupación como fiscal especial para el caso Buendía era conservar su eminencia profesional. "Lo que más temo – insistió – es hacer el ridículo".



Con su informe final, sin embargo, no dejó de hacerlo, aunque debemos reconocer que se encontraba García Domínguez entre la espada y la pared, pues por las condiciones temporales y políticas que se le imponían, le resultaba imposible realizar una investigación de veras cabal. El propio fiscal nos expresó a principios de su cometido oficial que no le parecía factible resolver el caso Buendía.

Desde el primer momento el elefante que se hacía presente en el salón, como lo expresamos metafóricamente en inglés, ha sido la CIA, junto con otros elementos encubiertos estadounidenses y también los órganos de seguridad nacional de México. Nos llamaba poderosamente la atención, al respecto, la renuencia por parte de las autoridades mexicanas a siquiera plantear la hipótesis de alguna injerencia foránea en el complot de asesinar a Manuel Buendía, hipótesis de por sí más verosímil que la del crimen pasional propugnada por la entonces procuradora del D.F., Victoria Adato Green. Como se acordarán algunos lectores, durante varios años nosotros insistíamos en la hipótesis de coludidos extranjeros desde las páginas de *unomásuno* y la *Revista mexicana de comunicación*, empeño nuestro que disgustó sensiblemente a las autoridades encargadas de manejar el caso Buendía.

Esa férrea renuencia oficial a admitir la posibilidad de haber tomado cartas en el asesinato, la Agencia Central de Inteligencia ya en sí sustentaba la hipótesis de que era cierto, sobre todo a la luz de la bien documentada historia de relaciones coludidas entre la CIA y las más altas autoridades mexicanas. En el plano operativo es de conocimiento público que la antigua Dirección Federal de Seguridad venía siendo casi una dependencia de la CIA, hasta el insospechado extremo de poner personal de la DFS a las órdenes de los americanos, como reveló recientemente el veterano de la seguridad mexicana Jorge Carrillo Olea (*Proceso*, No. 1930). "Había una casa en la colonia Anzures donde vivían agentes de la DFS al servicio de la CIA", recuenta Carrillo Olea. "Los estadounidenses les pagaban, los vestían, les ordenaban. En total eran 10 elementos asignados al servicio, las 24 horas, para seguir órdenes directas de la CIA. Recibían una compensación en dólares".

De la parte americana, por acuerdo mutuo de los dos gobiernos, la CIA había colocado al menos uno de los suyos, Lorenzo (Lawrence Victor) Harrison, en la DFS, a la vez que en la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (IPS), ambas dependencias de la Secretaría de Gobernación. A la fecha del asesi-

nato de Manuel Buendía, Harrison se había insinuado en el cártel de Guadalajara, donde realizaba tareas de espionaje que le daban conocimiento directo de los vínculos de la CIA con los principales capos del narco mexicano y de éstos con la contra nicaragüense. Surge Harrison a la luz pública por primera vez en 1990 como testigo de la parte acusadora en un juicio federal contra Rubén Zuno Arce, cuñado del ex presidente de México Luis Echeverría Álvarez. A Zuno se le acusaba de ser cómplice en el asesinato del agente antinarcótico estadounidense Enrique ("Kiki") Camarena Salazar.

Lamentablemente, algunos reportajes sobre el proceso de Zuno aparecidos en la prensa mexicana incurrieron en un chauvinismo burdo, tachando al gringo Harrison de "mentiroso patológico" y "disperso mental", sin reconocer lo que patentizaba su propio testimonio, es decir, que era un agente americano, cuyas actividades de espionaje se coordinaban con la DFS e IPS y por tanto habían sido autorizadas por el propio gobierno mexicano. Durante casi dos décadas Harrison se asociaba y colaboraba con algunos de los personajes más renombrados de la seguridad mexicana; citamos entre otros a Miguel Nazar Haro, Javier García Paniagua, Florentino Ventura, Mario Arturo



Acosta Chaparro, Jorge Carranza Peniche y José Antonio Zorrilla Pérez, asociaciones éstas que de por sí hacen constar su peso operativo como agente encubierto del otro lado. Al contrario de lo que han afirmado varios reporteros mexicanos, al regresar a Estados Unidos no se acogió Harrison al programa de testigos protegidos, sino que conservó el nombre ficticio que le había dado la CIA un cuarto de siglo antes (su nombre de nacimiento es George Marshall Davis), se licenció en derecho, luego abrió su propio bufete de abogados. Nosotros lo conocimos en el 2004 y desde entonces hemos sostenido un diálogo continuo sobre el caso Buendía y otras facetas de sus labores clandestinas en México.

Bien nos consta que Lorenzo Harrison no es ni payaso ni farsante, como en determinados momentos se ha querido hacer creer. Demasiado enciclopédico resulta su conocimiento de la realidad mexicana de las últimas décadas del siglo pasado y de los múltiples actores que en esos años sembraron la violencia a lo largo y lo ancho del país; demasiado conocedor de la historia clandestina de México para no haber sido participante directo en ella. Por nuestras propias investigaciones hemos podido confirmar que él sí era agente de la CIA, que conocía a fondo el caso Buendía, y que es, por tanto, fuente clave para esclarecer el asesinato de Don Manuel.

En los círculos policiacos y de inteligencia mexicanos, nos asegura Harrison, se sabía con cinco semanas de antelación que iban a asesinar a Manuel Buendía. Lo sabía el propio Harrison. No sólo lo sabía, sino que posteriormente pudo adquirir una de las motos que se trajeron al D.F. especialmente para el operativo contra Buendía, una potente Kawasaki roja de 1200 cc. En estos años que hemos tratado a Harrison, nos ha llamado bastante la atención la inquietud que le parece ocasionar el caso Buendía. Es una especie de obsesión que sugiere la posibilidad de haber tenido él algo que ver con el asesinato. En todo caso, afirma Harrison que el verdadero móvil del homicidio fue el conocimiento que tuvo Buendía de la colusión de la CIA y altos oficiales mexicanos con los narcotraficantes en apoyo a los contras nicaragüenses. El verdadero autor intelectual del asesinato, nos aseveró, fue el coronel Oliver North – el mismo que pronto protagonizaría el llamado escándalo Irán/Contra.

Y por el mismo motivo, enfatiza Harrison, murió el agente antinarcótico Kiki Camarena, como hasta ahora ha revelado el ex coordinador de la Operación Leyenda, Héctor Berréllez, y recién ha sensacionali-

zando el semanario *Proceso*. (Berréllez nos confirmó el explosivo detalle hace ya una década pero aún no se animaba a denunciarlo públicamente). Es, a fin de cuentas, Lorenzo Harrison quien establece el vínculo entre los casos Buendía y Camarena. Es él en su propia persona, o sea, por su extraordinaria actuación como agente de la CIA durante largos años en México, la insoslayable prueba empírica de que la CIA sí se entendía con el narco mexicano para sus propios fines geopolíticos. Como nos comentó en una ocasión Jesús Blancornelas, “si los narcotraficantes tuvieron algo que ver con el asesinato de Manuel Buendía, no habrá sido por el narcotráfico”. Nada que ver con “las charolas”; nos enfatizó Harrison, refiriéndose a las para entonces muy comentadas charolas de la DFS otorgadas a los traficantes por el mismo director de la DFS, Pepetoño Zorrilla.

A los nueve meses de cerrarse la fiscalía especial, pudimos plantearle de nuevo a García Domínguez la hipótesis de haberse inmiscuido la CIA en el complot para ultimar a Buendía. Nos respondió que, efectivamente, él mismo había sondeado esa posibilidad con sus contactos en la embajada de Estados Unidos, pero que, “como era de esperar”, no recibió “ninguna cooperación de ese lado”. De todos modos, agregó, el hecho de que a Zorrilla se le imputara el motivo de querer encubrir su contubernio con el cártel de Guadalajara “no excluía en absoluto la posible presencia de otros individuos ajenos al narcotráfico o bien inmiscuidos en él para otros fines”.

En cuanto a su propia actuación como fiscal especial, nos explicó, tuvo que acatarse a las reglas de la praxis jurídico-política del país. Más allá no le cabía aventurarse, de modo que había demostrado lo poco que le cupo demostrar: un autor intelectual, otro material y tres cómplices. De ahí en adelante, nos expresó con mirada fija, les quedaba a otros investigadores esclarecer “hipótesis aún pendientes”.

De nuestra parte, van casi treinta años que indagamos el caso Buendía. A estas alturas nos complace saber que ya podemos aportar algunos datos adicionales que iluminarán con mayor intensidad las circunstancias en que fue vilmente abatido Don Manuel. Los resultados de nuestra prolongada investigación se ofrecerán al público lector en un libro que recién terminamos, el cual será editado por la Universidad de Wisconsin con el título *Eclipse of the Assassins. The slaying of Manuel Buendía*. Deberá salir en el primer semestre del 2015.